

pero en el carácter de ésta, un tanto abultada por el medio, se veían los signos de su energía y de su resistencia bretona. La piel, salpicada de manchas rojas que se veían á través de las arrugas, anunciaba un temperamento sanguíneo y violento hecho para las fatigas, que, sin duda, habían preservado al barón de alguna apoplejía. Su cabeza estaba coronada por una cabellera blanca como la plata, que caía formando rizos sobre sus hombros. Su cara, apagada á la sazón en parte, vivía gracias al resplandor de dos ojos negros que brillaban en el fondo de sus oscuras órbitas y despedían los últimos rayos de una alma generosa y leal. Las cejas y las pestañas se habían caído. La piel, que se había vuelto sumamente espesa, no podía ser desarrugada, y la dificultad de afeitarse obligaba al anciano á dejarse la barba. En aquel viejo león de Bretaña, de anchas espaldas y de nervioso pecho, un pintor hubiese admirado ante todo sus admirables manos de soldado, manos que debieron ser como las de Guesclín; manos anchas, gruesas y velludas; manos que habían empuñado el sable para no dejarlo, como hizo Juana de Arco, hasta el día en que el estandarte real flotase en la catedral de Reims; manos que habían sido ensangrentadas frecuentemente por los espinos de los zarzales en Bocage, que habían manejado el remo en los Marais para ir á sorprender al enemigo, ó en plena mar para favorecer la llegada de los Jorges; manos del partidario, del artillero, del sencillo soldado, del jefe; manos que, si bien estaban blancas en la actualidad, á pesar de hallarse desterrados los Borbones de la rama mayor, mirándolas bien se hubiera podido ver en ellas recientes marcas que os hubiesen dicho que el barón se había unido poco antes á la SEÑORA en la Venda. Hoy, este hecho puede confesarse. Aquellas manos eran un animado comentario de la hermosa divisa que nunca había mentido ningún Guenic: FAC! La frente llamaba la atención por sus tintes dorados en las sienas, que contrastaban con los tonos morenos de su frentecilla, que la caída de los cabellos había agrandado bastante para aumentar la majestad de aquella hermosa ruina. Aquella fisonomía, que era, por lo demás, un tanto material y que no podía ser de otro modo, ofrecía, como todas las caras bretonas agrupadas en torno del barón, apariencias salvajes, una calma brutal que semejaba á la impasibilidad de los hurones, y un no sé qué estúpido, debido, sin duda, al reposo absoluto que sigue á las fatigas excesivas y que deja entonces

aparecer al alma sola. Pero, examinando detenidamente á aquel hermoso anciano, se adivinaban los misterios de aquella oposición real entre él y el espíritu de su siglo. Tenía religiones y sentimientos innatos, por decirlo así, y que le dispensaban de meditar. Había aprendido sus deberes al mismo tiempo que á vivir, y las instituciones y la religión pensaban por él. El y los suyos debían, pues, reservar su espíritu para obrar sin gastarlo en ninguna de las cosas que él juzgaba inútiles, pero de las que los demás se ocupaban. Al igual que su espada de la vaina, su pensamiento salía de su corazón resplandeciente de candor como lo estaba también en su escuela la mano con el confalón de armiño. Una vez adivinado este secreto, todo lo demás se explicaba. Se comprendía la profundidad de las resoluciones debidas á pensamientos claros, distintos, francos é inmaculados como el armiño. Se comprendía aquella venta hecha á su hermana antes de la guerra y que respondía á todo, á la muerte, á la confiscación y al destierro. La belleza del carácter de los dos ancianos, pues la hermana sólo vivía por y para el hermano, no puede ser comprendida siquiera en toda su extensión á causa de las costumbres egoístas que engendran la incertidumbre y la inconstancia de nuestra época. Un arcángel, encargado de leer en sus corazones, no hubiera podido descubrir en ellos ni un solo pensamiento manchado de personalismos. En 1814, cuando el cura de Gueranda indicó al barón de Guenic que fuese á París á reclamar allí la recompensa que merecían sus servicios, la solterona, tan celosa de su casa, exclamó: —¡Quite usted allá! ¿qué necesidad tiene mi hermano de ir á tender la mano como un mendigo?

—Creerian que he servido al rey por interés—añadió el anciano.—Por otra parte, á él es á quien le toca acordarse. Por más que bastante tiene en qué pensar ese pobre rey para contentar á todos los que le molestan. Seguramente que aunque hiciese un reparto de Francia, todavía quedarían descontentos.

Este leal servidor, que tanto se interesó por Luis XVIII, obtuvo el grado de coronel, la cruz de San Luis y un retiro de dos mil francos.

—¡El rey se ha acordado!—dijo al recibir las credenciales. Nadie dispuso su error; pero esto fué obra del duque de Feltre que, examinando los estados de los ejércitos vendeanos, encontró el nombre de Guenic en medio de algunos

otros nombres bretones terminados en *ic*. Consecuencia de esto y como para dar las gracias al rey de Francia, fué que el barón sostuvo en 1815 un sitio en Gueranda contra los batallones del general Travot, se negó siempre á rendir la fortaleza, y, cuando fué preciso evacuarla, se fué al campo con una banda de chuanes que permanecieron armados hasta la segunda vuelta de los Borbones. Gueranda conserva aún el recuerdo de este último sitio. Si los antiguos bandos bretones hubiesen llegado, la guerra originada por aquella resistencia heroica hubiese abrazado toda la Vendea. Hemos de confesar que el barón de Guenic era completamente ignorante, pero ignorante como un aldeano: sabía leer, escribir y contar un poco; conocía el arte militar y la heráldica; pero, aparte de su libro de oraciones, no había leído tres tomos en su vida. Su traje, que no podemos dejar de describir, era invariable, y consistía en gruesos zapatos, medias de fieltro, calzón de terciopelo verde, chaleco de paño y levita de cuyo pecho pendía una cruz de San Luis. Su rostro, atacado hacía ya un año de un continuo sueño precursor de la muerte y que parecía prepararlo para el descanso eterno, respiraba una admirable serenidad. Estas constantes somnolencias, más frecuentes de día en día, no inquietaban á su mujer, ni á su hermana, ciega, ni á sus amigos, cuyos conocimientos médicos eran escasos. Para ellos, estas sublimes pausas de un alma sin reproche, pero fatigada, se explicaban naturalmente, y todo lo encerraban ellos en estas palabras: El barón había cumplido con su deber.

En este palacio, lo que despertaba más interés era el porvenir de la rama destronada. El porvenir de los Borbones desterrados y de la religión católica y la influencia de las novedades políticas en Bretaña ocupaban exclusivamente á la familia del barón. En aquella casa el único interés que se mezclaba á estos intereses se originaba del acendrado cariño que todos tenían al hijo único, á Calixto, al heredero, á la sola esperanza del gran nombre de los Guenic. El viejo vendeano, el viejo chuan, había tenido la dicha, algunos años antes, de rejuvenecer para poder acostumbrar y avezar á su hijo á los ejercicios violentos que convienen á un hidalgo llamado de un momento á otro á guerrear. Tan pronto como Calixto tuvo diez y seis años, su padre lo acompañó á los pantanos y á los bosques, enseñándole con los placeres de la caza los rudimentos de la guerra, predicándole con el ejem-

plo, mostrándose infatigable en la carrera, inmóvil en la silla y certero en los golpes, fuera cual fuese la pieza, á la carrera ó al vuelo. Intrépido en franquear los obstáculos, invitaba á su hijo á buscar el peligro como si tuviera diez vástagos que ofrecerle. Asimismo, cuando la duquesa de Berry entró en Francia para conquistar el reino, el padre llevó consigo al hijo, á fin de hacerle practicar la divisa de sus armas. El barón partió durante la noche sin prevenir á su mujer, que acaso le hubiese enternecido, y condujo á su hijo único al campo de batalla, como si fuese á una fiesta, seguido de Gasselín, su único vasallo, que no se mostró menos gozoso. Los tres hombres de la familia estuvieron ausentes durante tres meses, sin dar noticias suyas á la baronesa, que no leía nunca el *Cotidiano* sin temblar á cada línea, ni á su anciana hermana, heroicamente rígida y entera y cuya frente no se inmutaba para nada mientras escuchaba la lectura del periódico. De modo, que los tres fusiles colgados en el salón, hacía muy poco que habían prestado servicio. El barón, que juzgó inútil este levantamiento de armas, había dejado el campo de batalla antes del asunto de la Penissiere, y, á no haber sido por esta circunstancia, acaso la casa Guenic se hubiese extinguido allí.

Cuando, en medio de horrible noche, el padre, el hijo y el criado llegaron á su casa después de haberse despedido de la SEÑORA, y sorprendieron á sus amigos, á la baronesa y á la anciana señorita de Guenic, que reconoció, gracias á ese sentido especial de que están dotados todos los ciegos, el paso de los tres hombres en la callejuela, el barón contempló el círculo que formaban sus amigos en torno de la mesa iluminada por aquel antiguo quinqué, y dijo con trémula voz, mientras que Gasselín colocaba los fusiles y los sables en su puesto, esta sencilla frase feudal:

—No todos los barones han cumplido con su deber.

Y después de haber abrazado á su mujer y á su hermana, se sentó en su antiguo sofá y dió orden de que hiciesen cena para su hijo, para Gasselín y para él. Gasselín, que se había colocado siempre delante de Calixto en la batalla, había recibido en el hombro un sablazo, cosa tan sencilla, que las mujeres ni siquiera se tomaron el trabajo de darle las gracias. Ni el barón ni su familia profirieron injurias ni maldiciones contra los vencedores. Este silencio es uno de los rasgos característicos del temperamento bretón. En cuarenta años

no hubo nunca nadie que sorprendiese una palabra de desprecio en los labios del barón contra sus adversarios. Ellos sabrían lo que hacían; á él le bastaba con haber cumplido con su deber. Este profundo silencio es también un indicio de las voluntades de hierro. Este último esfuerzo, estos últimos destellos de una energía que agonizaba, habían sido causa del estado de debilidad en que se encontraba á la sazón el barón. Aquel nuevo destierro de los Borbones, tan milagrosamente destronados como milagrosamente restablecidos, le causaba una amarga melancolía.

A eso de las seis de la tarde, momento en que empieza esta historia, el barón, que, según su rancia costumbre, había terminado de comer á las cuatro, acababa de dormirse oyendo leer el *Cotidiano*. Su cabeza se había reclinado sobre el respaldo de su sofá, situado en el rincón de la chimenea de la parte del jardín.

Al lado de este nudoso tronco del árbol antiguo de la casa y ante la chimenea, la baronesa, sentada en una silla vieja, ofrecía el tipo de esas adorables criaturas que no existen más que en Inglaterra, en Escocia ó en Irlanda. Allí únicamente nacen esas jóvenes blancas como la leche y de dorada cabellera, cuyos rizos parecen retorcidos por mano de los ángeles, ya que la luz del cielo parece fluir de sus espirales. Fanny O'Brien era una de esas sílfides de inagotable ternura, invencible en la desgracia, grata como la música de su voz, pura como el azul de sus ojos y dotada de esa belleza fina, elegante y linda y de esa carne sedosa y suave, que ni el pincel ni la palabra pueden pintar. Hermosa aún á los cuarenta y dos años, muchos hombres se hubiesen considerado felices casándose con ella, al ver los esplendores de aquel agosto lleno de flores y de frutos, y refrescado por celestiales rocíos. La baronesa sostenía el periódico en su mano llena de hoyuelos, de arqueados dedos y de uñas cortadas en forma de cuadrado, como las de las estatuas antiguas. Medió tendida, sin enfado ni afectación, sobre su silla, y con los pies hacia adelante para calentarlos, llevaba una bata de terciopelo negro, pues el viento había refrescado hacía algunos días. Su corsé permitía apreciar perfectamente unas espaldas de magníficos contornos y un rico pecho que el amamantamiento de un hijo único no había logrado deformar. Según la moda inglesa, sus cabellos estaban peinados siguiendo lo largo de sus me-

jillas y recogidos sencillamente encima de la cabeza por medio de una peineta de caucho, y, de este modo, su cabellera, en lugar de tener un color indeciso, brillaba cual filigrana de oro bruñido. La baronesa se hacía además trenzar los mechones que brotaban de su nuca, y que son un signo de raza, y aquella linda trenza, perdida en medio de su abundante cabellera, permitía á la mirada seguir con placer la ondulante línea que unía su cuello á sus hermosos hombros. Este pequeño detalle probaba el minucioso cuidado que ella empleaba siempre en su tocado. ¡Qué encantadora y deliciosa atención! La esposa procuraba, sin duda, reanimar las miradas de aquel anciano. Cuando veáis que una mujer despliega en su vida interior la coquetería que las demás emplean sólo movidas por otros sentimientos, no dudéis ni un momento que es tan noble madre como noble esposa, que es la alegría y la flor del hogar, que ha comprendido sus obligaciones de mujer, que posee en su alma y en sus sentimientos la elegancia de su exterior, que obra bien en secreto, que sabe adorar sin cálculo y que ama á sus semejantes como á Dios, es decir, por sí mismos. Así es que parecía que la Virgen del cielo, bajo cuya protección vivía la baronesa, hubiese recompensado su casta juventud y su vida santa al lado de aquel noble anciano, rodeándola de una especie de auréola que la preservaba de los estragos del tiempo. Platón hubiese celebrado, sin duda, las alteraciones de su belleza como otras tantas nuevas gracias. Su tez, tan blanca antes, había adquirido esos tonos nacarados que tanto gustan á los pintores. Su frente, espaciosa y de buen corte, recibía con amor la luz, que se descomponía en ella formando satinados reflejos. Sus pupilas, de azul turquesa, brillaban bajo sus pestañas pálidas y aterciopeladas, con extraordinaria dulzura. Sus suaves párpados y sus tiernas sienes invitaban á no sé qué muda melancolía. El cerco de sus ojos era por debajo de un blanco pálido, y estaba sembrado, lo mismo que el nacimiento de la nariz, de azuladas fibrillas. Aquella nariz, delgada y de contorno aguileño, tenía algo de regio que recordaba el origen de esta noble joven. Su boca, pura y bien formada, estaba embellecida por una sonrisa natural que denotaba inagotable amenidad. Sus dientes eran blancos y pequeños. La baronesa había engordado un poco, pero esta gordura no había perjudicado en nada á sus delicadas caderas y á su esbelto talle. El otoño de su

belleza ofrecía, pues, algunas animadas flores de primavera y las ardientes riquezas del verano. Sus brazos, perfectamente modelados, y su piel tersa y lustrosa, eran finos y delicados, y sus contornos habían adquirido toda su plenitud. En una palabra, su fisonomía franca y serena y un tanto rosada, y la pureza de sus ojos azules, que se hubiesen sentido heridos ante una mirada demasiado viva, denotaban que aquella mujer poseía la inalterable dulzura y la infinita ternura de los ángeles.

En el otro rincón de la chimenea, y sentada en un sofá, la anciana hermana octogenaria, semejante en todo, salvo en el traje, á su hermano, escuchaba la lectura del periódico haciendo calceta, trabajo para el cual no se necesita vista. Dicha anciana tenía los ojos velados por una membrana, y se negaba obstinadamente á sufrir la operación, á pesar de las instancias de su cuñada. El secreto de su obstinación lo sabía ella sola: la ciega lo atribuía á falta de valor, pero lo cierto era que no quería que se gastasen veinticinco luises por ella, privando á la casa de esta suma. ¡Y, sin embargo, bien hubiese deseado ver á su hermano! Estos dos hermanos hacían resaltar extraordinariamente la belleza de la baronesa. ¿Qué mujer no hubiese parecido joven y bonita entre el señor de Guenic y su hermana? La señorita Ceferina, privada de la vista, ignoraba los cambios que sus ochenta años habían operado en su fisonomía. Su cara pálida y enjuta, á la que la inmovilidad de unos ojos blancos y sin mirada daban cierta semejanza con la de una muerta, á la que tres ó cuatro dientes salientes hacían casi amenazadora, y cuyas profundas órbitas estaban circundadas de tintes rojizos, y en la que algunos signos de virilidad brotaban por la barba y por los alrededores de la boca; esta fría, pero tranquila cara, repito, estaba rodeada de una papalina de indiana oscura punteada como una colcha, ribeteada con guarnición de percal y atada debajo de la barba con cordones un tanto rojos. Llevaba además un refajo de burdo paño, sobre unas enaguas de piqué, verdadero colchón que contenía dobles luises, y faltriqueras unidas á un cinturón, que ella se quitaba todas las noches y se ponía todas las mañanas como si fuese una prenda. Su corpiño estaba oculto bajo el jubón popular de Bretaña, de paño semejante al del refajo y adornado de un cuello de mil pliegues, cuyo lavado era el objeto de la disputa única que tenía con su cuñada,

pues no quería cambiárselo más que cada ocho días. De las gruesas mangas algodonadas de este jubón salían dos brazos secos, pero nerviosos, al extremo de los cuales se agitaban sendas manos, cuyo color un poco rojo contribuía á que los brazos pareciesen blancos como el álamo. Sus manos, encorvadas y ganchudas á consecuencia de la contracción que les había hecho adquirir el continuo hábito de hacer calceta, parecían una máquina incesante de esta industria. Lo raro, lo fenomenal, hubiese sido verlas quietas. De tiempo en tiempo, la señorita de Guenic tomaba una larga aguja de hacer media, que estaba hincada en el cuello de su jubón, y la pasaba entre la papalina y sus cabellos, escarbando su blanca cabellera. El que no la hubiese conocido se hubiera reído al ver la naturalidad con que volvía á clavar la aguja en el cuello sin el menor temor á herirse. La soltera se mantenía aún derecha como un huso, y su garbo de dueña podía pasar por una de esas coqueterías de ancianos, que prueban que el orgullo es una pasión necesaria para la vida. Su sonrisa era alegre: se conocía que también ella había cumplido con su deber. En el momento en que Fanny vió al barón dormido, cesó al punto de leer. Un rayo de sol iba de una ventana á otra, y, formando una banda de oro, dividía en dos partes la atmósfera de aquella sala antigua, haciendo resplandecer sus muebles casi negros. La luz iluminaba las esculturas del techo, matizaba los cofres antiguos, cubría con luminosa sábana la mesa de roble y alegraba aquel interior sombrío y silencioso, del mismo modo que la voz de Fanny llenaba el alma de la anciana octogenaria con una música tan hermosa y tan alegre como aquel rayo. Los reflejos del sol no tardaron en adquirir esos colores rojizos que, por insensibles gradaciones, llegan hasta los tonos melancólicos del crepúsculo. La baronesa quedó sumida en grave meditación, en uno de esos silencios absolutos que su cuñada observaba hacía ya quince días, procurando explicárselos sin dirigir pregunta alguna á la baronesa, y estudiando las causas de aquella preocupación á la manera de los ciegos que las leen como un libro negro cuyas letras son blancas, y en el alma de los cuales resuenan todos los sonidos como en un eco adivinatorio. La anciana, para la que la noche era continua, seguía haciendo media, y el silencio llegó á ser tan profundo, que se pudo oír el ruido de las agujas de acero.

—Hermana mía, acaba usted de dejar caer el periódico, y, sin embargo, no duerme—dijo la vieja con malicia.

La noche se había echado encima, y Marieta se presentó á encender el quinqué y lo colocó sobre una mesita cuadrada delante del fuego. Después se fué á buscar la rueca, el ovillo de hilo y un pequeño escabel, y se puso á hilar, como todos los días, en el alféizar de la ventana que daba al patio. Gasselín daba aún vueltas por el patio, visitaba los caballos del barón y de Calixto, miraba si iba bien todo en la cuadra, y daba su ración á los dos perros de caza. Los gozosos ladridos de los dos animales fueron el último ruido que despertó los ecos ocultos en las paredes negras de esta antigua casa. Estos dos perros y los dos caballos eran los últimos vestigios de los esplendores de la caballería. Un hombre de imaginación, sentado en uno de los peldaños de la escalinata exterior, y que se hubiese dejado llevar de la poesía de las imágenes vivientes aún en aquel edificio, se hubiera estremecido, sin duda, al oír los perros y las patadas de los caballos que relinchaban.

Gasselín era uno de esos bretones pequeños y cuadrados, de pelo negro, de cara morena, silenciosos, calmosos y testarudos como mulas, pero que marchan siempre sin torcerse por la vía que se les ha trazado. Tenía cuarenta y dos años, y hacía ya veinticinco que estaba en la casa. Al tener noticia del casamiento y de la probable vuelta del barón, la señorita había tomado á Gasselín á su servicio. Este criado se consideraba, pues, como de la familia: había jugado con Calixto, amaba á los caballos y á los perros de la casa, y les hablaba y acariciaba como si le perteneciesen. Llevaba una chaqueta azul de tela de hilo, con bolsillos á la altura de las caderas, un pantalón y un chaleco de la misma tela, en todas las estaciones, medias azules y toscos zapatos herrados. Cuando hacía demasiado frío ó en tiempo de lluvia, se ponía la piel de chivo que acostumbra á usarse en su país. Marieta, que había pasado ya de los cuarenta, era, como mujer, lo que Gasselín como hombre. Jamás tronco alguno estuvo mejor aparejado: el mismo color, la misma estatura, los mismos ojos vivos y negros. No se comprendía cómo Marieta y Gasselín no se habían casado. Acaso hubieran cometido un incesto, pues parecían ser hermano y hermana. Marieta ganaba treinta escudos de salario, y Gasselín cien libras; pero aunque les hubieran dado mil escudos en otra

parte, seguramente no hubiesen dejado la casa Guenic. Ambos estaban bajo las inmediatas órdenes de la anciana señorita de Guenic, la cual, desde la guerra de la Vendea hasta la vuelta de su hermano había adquirido la costumbre de gobernar la casa. Por esta razón, cuando supo que el barón iba á traer una dueña al hogar se emocionó mucho creyendo que esto la obligaría á abandonar el cetro de la vivienda y á abdicar en favor de la baronesa de Guenic, de la cual pasaría á ser ella la primera súbdita.

La señorita Ceferina quedó agradablemente sorprendida al ver que miss Fanny O'Brien era una joven de noble cuna á quien repugnaban excesivamente los minuciosos cuidados de un hogar pobre, y que, como todas las almas hermosas, hubiese preferido el pan seco del panadero, á la mejor comida que ella se hubiese visto obligada á preparar. En una palabra, que si era mujer capaz de llenar los deberes más penosos de la maternidad y fuerte para soportar toda privación necesaria, carecía en cambio de valor para entregarse á ocupaciones vulgares. Cuando el barón rogó á su hermana, en nombre de su tímida mujer, que siguiese administrando la casa, la solterona abrazó á la baronesa como á una hermana, se constituyó en su madre, la adoró y se consideró feliz al poder continuar velando por la administración de la casa, llevada con un rigor y una economía increíbles, rigor y economía que no abandonaba nunca más que en las grandes ocasiones, tales como los partos, la temporada de cría de su cuñada y todo lo que concernía á Calixto, que era el ser adorado de toda la casa. Aunque los dos criados estuviesen acostumbrados á este régimen severo y no hubiese que decirles nada, porque se tomaban más interés por las cosas de sus amos que por las suyas propias, la señorita Ceferina velaba siempre por todo. Su atención no se distraía un momento, y era capaz de saber, sin subir al granero, el espesor que tenía el montón de nueces, y la avena que quedaba en el arca de la cuadra, sin necesidad de sumergir en ella su nervioso brazo. En el extremo de un cordón atado á la cintura de su jubón llevaba un silbato de contramaestre, con el cual llamaba á Marieta mediante un silbido y á Gasselín mediante dos. El mayor goce de Gasselín consistía en cultivar la huerta y en obtener de ella hermosos frutos y buenas legumbres. El fiel criado tenía tan poco trabajo, que, á no ser por esta circunstancia, se aburriría. Por la mañana, des-

pués de ocuparse de los caballos, fregaba los pisos y limpiaba las dos piezas de la planta baja; pues tenía poco que hacer al lado de sus amos. De este modo se explica el que no se viese en la huerta ni una mala hierba ni el menor insecto dañino. A veces se veía á Gasselín inmóvil y sin nada en la cabeza, al sol, acechando á algún ratón campes- tre ó á la terrible larva de la langosta, y una vez que lo había cogido, corría, con la alegría de un niño, á enseñar á sus amos el animal que le había ocupado durante una semana. Los días de vigilia constituía también para él un placer el ir á buscar pescado á Croisic, donde se compraba más barato que en Gueranda. De modo, que jamás familia alguna estuvo más unida ni se entendía mejor que esta santa y noble familia. Amos y criados parecían haber sido hechos unos para otros. Hacía veinticinco años que no habían habido allí disgustos ni discordias. Las únicas desazones fueron las ligeras indisposiciones del niño, y los únicos terrores fueron causados por los acontecimientos de 1814 y de 1830. Si las mismas cosas se hacían allí invariablemente á las mismas horas, y si los manjares estaban sometidos á la regularidad de las estaciones, aquella monotonía, semejante á la de la naturaleza, interrumpida únicamente por las alternativas de sombra, de lluvia y de sol, estaba amenizada por el cariño que reinaba en todos los corazones, cariño tanto más fecundo y acendrado, cuanto que emanaba de leyes naturales.

Cuando el crepúsculo cesó, Gasselín entró en la sala y preguntó respetuosamente á su amo si lo necesitaba para algo.

—No, después de la oración puedes salir ó acostarte —le dijo el barón despertándose,—á menos que la señora ó su hermana...

Las dos mujeres hicieron un signo de aquiescencia. Gasselín se arrodilló al ver que sus amos se ponían de pie para arrodillarse en sus asientos. Marieta se puso asimismo en actitud de orar, sobre su escabel. Después, la señorita de Guenic dijo la oración en voz alta, y cuando se hubo acabado se oyó que llamaban á la puerta de la callejuela, y Gasselín fué á abrir.

—Será el señor cura, que siempre es el primero en llegar —dijo Marieta.

En efecto; por el ruido de los pasos en los sonoros pel-

daños de la escalinata exterior, todo el mundo conoció al cura de Gueranda. Este saludó respetuosamente á los tres personajes, dirigiendo al barón y á las dos damas esas frases de suntuosa amenidad que suelen emplear los sacerdotes. Al notar el modo distraído como le contestó la dueña de la casa, el cura le dirigió una mirada de inquisición eclesiástica.

—¿Está usted inquieta, ó indispuesta, señora baronesa? —le preguntó.

—No, no tengo nada, gracias — le contestó la irlandesa.

El señor Grimont, hombre de cincuenta años, de mediana estatura, sepultado en su sotana, de donde salían dos gruesos zapatos con hebillas de plata, sacaba por encima de su alzacuello un rostro regordete y de tez generalmente blanca, si bien un tanto dorada. Tenía las manos rechonchas. Su cara, completamente abacial, tenía á la vez algo del burgomaestre holandés, por la placidez de su color y por los tonos de su carne, y algo del aldeano bretón, por su lisa cabellera negra y por la vivacidad de sus ojos negros, en los que brillaba, sin embargo, el decoro del sacerdocio. Su alegría, semejante á la de las gentes cuya conciencia está tranquila y pura, admitía la broma. Su actitud no tenía nada de inquieta ni de áspera como la de los pobres curas cuya existencia ó poder es discutido por sus feligreses, y que, en lugar de ser, según las sublimes frases de Napoleón, jefes morales de la población y jueces de paz naturales, son tratados como enemigos. Al ver andar al señor Grimont por Gueranda, el viajero más incrédulo hubiera reconocido en él al soberano de aquella ciudad católica; pero este soberano declinaba su superioridad espiritual ante la supremacía feudal de los Guenic. El señor Grimont estaba en aquella sala como el capellán en casa de su señor. En la iglesia, cuando echaba la bendición, su mano se extendía siempre primero hacia la capilla que pertenecía á los Guenic, capilla en cuya bóveda se veía esculpida la mano armada, divisa de esta noble casa.

—Yo creía que estaba ya aquí la señorita de Pen-Hoël —dijo el cura, que se sentó al mismo tiempo que tomaba una mano de la baronesa y la besaba.—Esto empieza á desordenarse. ¿Empieza, acaso, á imperar la moda del desarreglo? porque veo que esta noche el señor caballero está todavía en Touches.

—No diga usted nada de su visita delante de la señorita de Pen-Hoël—dijo en voz baja la solterona.

—¡Ah! señorita—respondió Marieta,—¿quién puede impedir que toda la villa charle?

—Pues ¿qué dicen?—preguntó la baronesa.

—Las jóvenes, las comadres, en fin, todo el mundo, le cree enamorado de la señorita de Touches.

—Un guapo mozo como Calixto no hace más que lo que debe, haciéndose amar—dijo el barón.

—Aquí está la señorita de Pen-Hoël—dijo Marieta.

En efecto, la arena del patio crujía bajo los diminutos pasos de esta persona, que iba acompañada de un criadito provisto de una linterna. Al ver á éste, Marieta trasladó sus útiles al salón principal, á fin de hablar allí con él á la luz de la candela de resina que ardía á expensas de la rica y avara señorita y economizar así la de sus amos.

Esta señorita, seca y delgada, amarilla como el pergamino, arrugada como un lago azotado por el viento, de ojos grises, de dientes grandes y salientes y de manos de hombre, era bastante pequeña, un poco alabeada hacia adelante y sin duda jorobada; pero nadie había sentido curiosidad por conocer sus perfecciones ni sus imperfecciones. Vestida por el estilo de la señorita de Guenic, la Pen-Hoël movía una enorme cantidad de ropas y enaguas cuando quería buscar una de las dos aberturas de su bata, por donde llegaba á sus bolsillos, produciéndose entonces bajo sus ropas un enorme ruido de llaves y de monedas. Dicha señorita llevaba siempre á un lado todas las llaves de una buena ama de casa, y al otro, la tabaquera de plata, el dedal, los útiles de hacer puntillas y otra multitud de objetos sonoros. En lugar de la papalina de la señorita de Guenic, llevaba un sombrero verde, con el cual iba á visitar los melones, habiéndose puesto, por esta causa, verde como ellos; y respecto á su forma, sólo diremos que hace veinte años que la moda de lo inventó en París bajo el nombre de *bibi*. Este artefacto de su indumentaria era confeccionado en su presencia, por las manos de sus sobrinas, con una especie de tafetán verde comprado en Gueranda y con un armazón que renovaba cada cinco años en Nantes, pues le concedía la misma duración que á una legislatura. Sus sobrinas eran las que le hacían también las ropas, cortadas por patrones invariables. Esta solterona usaba aún el bastón con puño en forma de

pico, de que se sirvieron las mujeres á principios del reinado de María Antonieta. Por lo demás, pertenecía á la más rancia nobleza de Bretaña, y sus armas ostentaban los armoñes de los antiguos duques. En ella y en su hermana acababa la ilustre casa bretona de los Pen-Hoël. Su hermana menor se había casado con un Kergarouët que, á pesar de la desaprobación del país, unía el nombre de Pen-Hoël al suyo, y se hacía llamar vizconde de Kergarouët-Pen-Hoël.

—El cielo le ha castigado—decía la solterona,—pues no tiene más que hijas, y el nombre de Kergarouët-Pen-Hoël se extinguirá en él.

La señorita de Pen-Hoël poseía unos siete mil francos de renta en tierras. Mayor de edad hacía ya treinta y seis años, esta dama se administraba en persona sus bienes, iba á inspeccionarlos á caballo y desplegaba en todo el carácter firme que se advierte en la mayor parte de los jorobados. Su avaricia era admirada en diez leguas á la redonda, sin que encontrase en parte alguna muestras de desaprobación. Tenía á su servicio una mujer y aquel criadito. Todo su gasto, á excepción hecha de los impuestos, no pasaba de mil francos al año. Así es que era objeto de los mayores halagos por parte de los Kergarouët-Pen-Hoël, que pasaban los inviernos en Nantes y los veranos en su tierra, situada á orillas del Loire, debajo del Indret. Se sabía que estaba dispuesta á dar su fortuna y sus economías á la sobrina que más le agradase, y cada tres meses, una de las cuatro señoritas de Kergarouët, que frisaban todas entre los doce y veinte años, iba á pasar algunos días á su casa. Jacobita de Pen-Hoël, amiga de Ceferina de Guenic y educada en la adoración de las grandezas bretonas de los Guenic, había formado el proyecto, desde el nacimiento de Calixto, de transmitir sus bienes á este caballero, casándole con una de las sobrinas que tenía que darle la vizcondesa de Kergarouët-Pen-Hoël, y pensaba rescatar algunas de las tierras mejores de los Guenic, satisfaciendo las deudas á los cortijeros prestamistas. Cuando la avaricia se propone un objeto determinado, cesa de ser un vicio, pasa á ser el medio de una virtud, sus privaciones excesivas se convierten en continuas ofrendas, y adquiere, en fin, la grandeza de la intención que se oculta bajo sus mezquindades. Ceferina debía estar, sin duda, en el secreto de Jacobita, y acaso la baronesa, cuyo espíritu se empleaba únicamente en amor al hijo y en ternu-

ras al padre, había adivinado algo al ver la maliciosa perseverancia con que la señorita de Pen-Hoël llevaba consigo todos los días á Carlota de Kergarouët, que era su favorita, y que contaba á la sazón quince años. El cura Grimont era, indudablemente, un confidente, y ayudaba á la solterona á colocar bien su dinero. Pero aunque la señorita de Pen-Hoël tuviese trescientos mil francos en oro, que era la suma en que se evaluaban sus economías, y aunque hubiese tenido diez veces más tierras de las que poseía en realidad, los Guenic no se hubieran permitido una atención que pudiera hacer creer á la solterona que pensaban en su fortuna. Llevada de un sentimiento de admirable orgullo bretón, Jacobita de Pen-Hoël, contenta con la supremacía afectada por su antigua amiga Ceferina y por los Guenic, se consideraba muy honrada siempre que se dignaban visitarla la hija de los reyes de Irlanda y Ceferina, y llegaba hasta ocultar con cuidado la especie de sacrificio que le costaba el consentir todas las noches que su criadito gastase en casa de los Guenic un *oribus*, nombre de aquella candela de color de mostachón, que se consume en ciertas partes del Oeste. De modo que esta vieja y rica solterona era la nobleza, la grandeza y el orgullo en persona. En el momento en que leéis su retrato, una indiscreción del cura Grimont ha hecho saber que, la noche en que el anciano barón, el joven caballero y Gasselín se pusieron en marcha, provistos de sus sables y de sus fusiles, para unirse á la SEÑORA en la Venda, con gran terror de Fanny y con gran alegría de los bretones, la señorita de Pen-Hoël había entregado al barón una suma de diez mil francos en oro, inmenso sacrificio corroborado con diez mil francos más, producto de un diezmo recogido por el cura, diezmo que el anciano partidario recibió encargo de ofrecer á la madre de Enrique V en nombre de los Pen-Hoël y de la parroquia de Gueranda. Sin embargo, la señorita de Pen-Hoël trataba á Calixto, como mujer que se cría con derecho sobre él, y sus proyectos la autorizaban para vigilarle, no porque ella fuese meticulosa en materia de galanteo, pues, al contrario, poseía la indulgencia de las mujeres del antiguo régimen, sino porque tenía horror á las costumbres revolucionarias. Calixto, que, sin duda, hubiera ganado mucho en el concepto de la vieja con aventuras con mujeres bretonas, hubiera perdido considerablemente en su concepto si se hubiera dado á lo

que ella llamaba novedades. La señorita de Pen-Hoël, que hubiera desenterrado con gusto algún dinero para apaciguar á alguna joven seducida, hubiera creído á Calixto un dissipador si le hubiese visto guiando un tiburí, ó si le hubiera oído hablar de ir á París. Y si lo hubiese sorprendido leyendo revistas ó periódicos impíos, ¡Dios sabe lo que ella hubiera sido capaz de hacer! Para ella, las ideas nuevas eran los asolamientos de las tierras, la ruina bajo el nombre de mejoras y de métodos, y, en una palabra, los bienes hipotecados tarde ó temprano á consecuencia de ensayos. Para ella, la cordura era el verdadero medio de hacer fortuna; en fin, la buena administración consistía en amontonar en los graneros los trigos negros, los centenos y el cáñamo; en esperar el alza, á riesgo de pasar por acaparadora, y en sentarse sobre los sacos con obstinación, hasta lograr lo apetecido. Por una extraña casualidad, la vieja Pen-Hoël había encontrado, frecuentemente, buenos mercados que confirmaban sus principios, y pasaba por una mujer lista y astuta, á pesar de que carecía en absoluto de talento, pues lo que tenía, en realidad, era un orden de holandés en sus actos, una prudencia de gata y una persistencia de eclesiástico, lo cual, en un país tan rutinario como Bretaña, equivalía al pensamiento más profundo.

—¿Tendremos esta noche al señor de Halga?—preguntó la solterona, al mismo tiempo que se quitaba los mitones de lana, después de haber cambiado los saludos acostumbrados.

—Sí, señorita, yo lo he visto paseando con su perra por el mallo, y me ha dicho que vendría—respondió el cura.

—¡Ah! entonces nuestra mosca estará animada esta noche—repuso.—Ayer no éramos más que cuatro.

Al oír la palabra mosca, el cura se levantó para ir á coger del cajón de uno de los armarios un cestito redondo de fina paja, unas fichas de marfil, que se habían puesto amarillas como el tabaco turco, á causa de un uso de veinte años, y un juego de naipes tan grasiento como el de los carabineros de San Nazario, que sólo lo cambian cada quince días. El cura se dispuso en persona á colocar sobre la mesa las fichas necesarias á cada jugador, y colocó la canastilla al lado de la lámpara, en medio de la mesa, con precipitación infantil y maneras de hombre acostumbrado á hacer este pequeño servicio. Un golpe dado con fuerza á la